

Angélica, amiga del alma,

Pintamos un mandala con múltiples colores, con esos telúricos colores tejimos muchas telas, soñamos con gnomos, duendecillos, nos dejamos llevar por muchos símbolos... Así vivimos el camino de nuestra amistad.

La primera mirada que nos dimos, tú de mujer confiada, tratando de acertar ante nuestras preguntas, las de Lorena (QEPD) y las mías, fue cuando aspirabas a ingresar a la Universidad como docente. Tenías el cabello largo y una muy buena dosis de saber escondido, tímido, que balbuceabas con el temor de acertar.

Y la segunda, ya en tus propias búsquedas, cuando te me acercaste tímida pero segura, a la oficina que compartía con Langen, allá en el rincón de ese largo pasillo del Antiguo Liceo, en la Unicauca. Allí la mirada fue distinta, propositiva, me invitabas a trabajar contigo. Yo acepté sin pensarlo mucho, segura de que había en esa invitación algo distinto, algo nuevo, algo renovado.

Nos tomamos de la mano, para caminar juntas, reímos, lloramos, confrontamos, debatimos, disgustamos, estudiamos, bailamos, danzamos, nos abrazamos en muchos proyectos vitales, que antes que ejercicios académicos eran iniciativas por buscar enfrentar las injusticias a través de lo que sabíamos: investigar con y para las personas. Recorrimos este departamento del Cauca a veces agreste, a veces inhóspito, a veces cruel, a veces amoroso. Nos bañamos en las aguas del macizo colombiano, nos encontramos en las risas de los taitas y mamas de Guambía, en los cálidos abrazos de los maestros y maestras del Patía, en el mundo de lo sagrado como sólo tú sabías proponerlo.

Viajamos por nuestro país y fuera de él, siempre con anhelos de encontrar caminos de esperanza, tú más esperanzada siempre que yo. Me ayudaste a relacionarme con personas tuyas, de tu más honda fibra y me hiciste unos regalos maravillosos: lecturas compartidas, amigas y amigos, hermanas y hermanos, hijas, Álvaro, quienes van a seguir aquí con nosotros.

Escribimos juntas y siempre esa tarea fluyó mágicamente. Había una tal intensidad y compenetración con las palabras e ideas pensadas y repensadas. Teníamos el don de conectarnos con las preocupaciones, con las angustias, con las alegrías, con las intuiciones más profundas. Eso que tú llamabas sabiamente las sincronicidades.

Nos sumergimos juntas en la docencia y ensayamos cosas inesperadas que siempre nos ayudaban a crecer con las y los estudiantes con quienes compartíamos. Nuestro último seminario, rodeadas de otras lenguas (namtrik, nasa y quechua) nos ampliaron infinitamente los horizontes de la vida. Nos desafiaron las sabias preguntas de otras cosmovisiones a las cuales nos habíamos acercado con respeto y muchos deseos de comprender.

Fluimos por el camino del Doctorado, de una manera sorprendente a veces, porque había de mi parte, la certeza de tu sabiduría, y de tu parte, la pregunta viva para

transitar por una propuesta de tesis hermosa, ya a punto de madurar gracias a la generosa ayuda de nuestro común amigo Francisco.

De tu mano conocí en profundidad a Jung, y a fe que ese conocimiento tan generosamente entregado por ti me está ayudando ahora a enfrentar la dura realidad de que no estás entre nosotros como cuerpo físico, porque de alma siempre vas a estar. Me está ayudando a caminar mi actual senda. Y me está ayudando a tomar decisiones que se encontraban en remojo.

Honro tu vida de mujer, de madre y de maestra por sobre todo.  
Paz en tu alma, amiga.

Popayán, junio 20 de 2016